

El fantástico mundo de Guillermo Brown

Tía-abuela Juana respiró, llena de regocijo:

—Eres demasiado fantástico para que seas verdad, Guillermo —dijo.

(«Guillermo hace de las suyas.»)

Por María José CABANILLAS JIMENEZ (*)

INTRODUCCION

Sin duda alguna es tal vez esta frase la que mejor nos describa, a lo largo de la obra de Richmal Crompton, la entrañable, querida y, ¿por qué no?, admirada figura de Guillermo Brown.

¿Quién no ha leído las aventuras de Guillermo? (Es posible que todavía quede alguien que no conozca a Guillermo. Si es así, deseo que salga pronto de su «ignorancia»...) Tal vez esta lectura no haya sido muy temprana porque, desde mi punto de vista, no se trata de una literatura propiamente infantil, ya que a cualquier niño le sería difícil entender lo que hay más allá de las estrictas travesuras de Guillermo. El humor de Richmal Crompton es un humor que requiere —como todo humor auténtico— cierta madurez intelectual. Otra cosa es que se base en el mundo infantil que la escritora e institutriz inglesa conoce tan admirablemente.

Sin embargo, Guillermo Brown es ya un mito. Todo lo que hace y dice está impregnado de profundos y entremezclados sentimientos. Guillermo es y será para todos ese niño que los más afortunados han sido y los menos no han podido serlo nunca. Ese niño que todos, de alguna manera, deseáramos ser hoy, pero que, por desgracia, sólo unos pocos «elegidos» han podido —y pueden— serlo.

Esa descarga llena de electricidad —tan fuera del alcance de nuestras manos—, esa explosión de anarquismo, de libertad, de esa libertad que el hombre, desde que es hombre, siempre ha deseado alcanzar (bien es verdad que las más de las veces sin éxito); todo eso es Guillermo Brown, el pirata, el incomprendido, el conquistador...

Pero, ¿cómo es Guillermo? ¿Cómo es su mundo? Vamos a intentar, en lo que sigue, una aproximación a esta literatura de humor, quizá del humor inglés quintaesenciado, que son las aventuras de Guillermo, de los proscritos, de su familia. Retrocedamos a los años veinte.

EL CONTEXTO

Guillermo vive en un pueblo cercano a Londres. No nos dice su autora el nombre. Es un pueblo tranquilo, con un ferrocarril que lo enlaza con trenes frecuentes a la capital. Prados, granjas, casas burguesas con jardín y jardinero; una sociedad convencional: la señora Bott, esposa de un gordo comerciante que fabrica salsas; la esposa del vicario, con una propensión alarmante a organizar tómbolas benéficas y «charlas»; la señora de Vere Carter, capaz de amargar al niño más templado con sus «reuniones pacíficas» e

instructivas; los profesores del colegio, intransigentes y sin sentido del humor; los insoportables parientes que vienen a pasar unas Navidades y monopolizan la conversación, considerando que los niños deben «adorarlos» porque les cuentan historias estúpidas y falsas de su infancia; el colérico granjero al que Guillermo y sus amigos irritan porque invaden sus campos y persiguen a su ganado... En la campiña inglesa, verde, tranquila, ondulada y sin estridencias transcurren las aventuras de Guillermo. El ambiente es apacible. Lo que no es apacible —para Guillermo— es el medio humano.

Richmal Crompton nos ofrece una crítica feroz del mundo adulto, sobre todo del mundo adulto que no es capaz de entender a los niños. De ese mundo sin sentido del humor, que se irrita ante cualquier travesura, sea del tipo que sea, y que necesita imponer su seriedad asnal al niño. Richmal Crompton tiene fe en la infancia —en tanto que aún es posible sacar algo positivo de ella—; pero mucha menos fe en los mayores, estereotipados, convencionales y, en la mayoría de los casos, francamente estúpidos.

GUILLERMO

Pero vamos a ver cómo es Guillermo. De Guillermo hay que decir, ante todo, que es un niño que está fuera del tiempo y del espacio. (Como dirían los pedantes —con perdón—, es *utópico* y *ucrónico*). Sobre todo, *ucrónico*. Es cierto que Guillermo está, más o menos, situado en una época: los años veinte, que en Inglaterra, con reminiscencias victorianas, fue una época «feliz». Pero Guillermo está fuera del espacio y del tiempo porque es, en realidad, «el niño de once años». Por las aventuras de Guillermo se suceden las Navidades y los primeros de año en número suficiente para hacer de él un señor maduro o, por lo menos, un joven a punto de dejar de serlo. Richmal Crompton busca la «aventura» y el contexto que la haga propicia. Si este contexto es la Navidad, se amontonan Navidades. (Esta es quizá una de las razones por las que las aventuras de Guillermo no calan en la infancia como las de «Celia» y «Cuchifritín», los entrañables personajes de nuestra Elena Fortún. Los niños son profundamente realistas y necesitan que los personajes de sus cuentos sean también reales y que *cumplan años*).

Bien: Guillermo es, como decía, «el niño de once años. Richmal Crompton, sin embargo, no hace de él

(*) Profesora Agregada de Inglés del IB «Pablo Ruiz Picasso» de Almadén (Ciudad Real).

un retrato único. A Guillermo hay que conocerle, poco a poco, a través de sus aventuras.

Guillermo es un ser libre. Al menos es la expresión más clara de la libertad. Es libertario, pero sin llegar al libertinaje. Acepta las normas, pero a regañadientes: se cepilla el pelo, se pone el traje «Eton», va a reuniones insoportables que organiza la señora del vicario o la empalagosa señora de Vere Carter. («¿Cómo tenéis que ser, queridos niños?» «Bondadosos y amables, señora de Vere Carter».)

Pero Guillermo no es ni «bondadoso» ni «amable». Guillermo es bueno, simplemente. Pero humano. Y si hay que ser frío, puede congelar, con la mirada, a cualquiera. Guillermo no es un «sentimental». Es más bien —por utilizar una tipología conocida, aunque imprecisa— un *flemático*, razonador, capaz de aplastar con su lógica impecable e implacable al más pintado. Como buen político es locuaz, pero sin excesivo contenido. Sus alardes verbales van encaminados más bien a aplastar al contrario que a convencerle. Guillermo, como flemático, es frío: tiene sentimientos, pero carece de sensibilidad. (Su espantoso oído musical, como su tendencia a cantar a grandes voces, son el terror de sus vecinos; por la misma falta de sensibilidad puede ser atacado sin inmutarse. Las «puyas» no afectan a Guillermo, inasequible, por principio, al desaliento y a la ironía.)

Pero eso sí: Guillermo tiene sentimientos. Es capaz de sacrificio y de lucha por un amigo o por alguien a quien considere en inferioridad. Esto, en Guillermo, obedece a un proceso mental, a una convicción; no es fruto, en modo alguno, de un «sentimentalismo» del que se sentiría avergonzado.

Guillermo es «divo»: necesita estar «en candelero», necesita ser «líder». Guillermo es agresivo cuando ve su puesto de jefe en peligro, o cuando las circunstancias lo requieren. Guillermo es imaginativo, necesita «crear mundos», utopías en las que su afán de libertad se pueda ver realizado. (Más de una vez escapa de su casa, con exiguas provisiones, dispuesto a conquistar el mundo.) Y Guillermo es «machista». De las mujeres —las niñas— no tiene muy buena opinión. Sin embargo, es cortés, es galante como los caballeros antiguos y presta su ayuda a las féminas en apuros cuando hace al caso.

Guillermo, jefe y caudillo nato; Guillermo, admirado y envidiado por todos los chicos de su pequeño pueblo; Guillermo, temido por los «niños gordos» —los abominables amigos de Huberto Lane, representantes infantiles del reaccionarismo—; Guillermo, perseguido por los iracundos adultos de la localidad y hasta por los de la vecina Marleigh, es, pese a todo y ante todo, un niño de once años.

¿Quién no ha ideado miles y miles de barrabasadas a los once años? ¿Quién no ha sido capaz —a esta maravillosa edad, lógica e irreal— de saquear toda una mesa llena de succulentos manjares para dárselos a una niña que esperaba con ansiedad la salida de su padre de la cárcel y que, al no tener medios económicos, se los había pedido con fervor a Papá Noel? ¿Quién a esos once años no se ha vuelto loco de alegría al volver la cabeza y ver un perro de mil razas que sin fanatismos decide «adoptarte» como a su amo y señor?

«JUMBLE»

«Jumble» es el perro de Guillermo. El encuentro de Guillermo con «Jumble» —o el de «Jumble» con Guillermo, tanto monta— se produjo una mañana en la

que Guillermo estaba sentado, profundamente abatedo, con la cabeza entre las manos, porque su padre le había encerrado bajo llave su arco y sus flechas, después de haber ocasionado con estas «armas» mil y una roturas.

«Jumble», auténtica mezcla, auténtico revoltijo, era, como su nombre indica, un perro de mil razas. Temblando de alegría de vivir, se detuvo delante de Guillermo y después de morder, tirar al aire y volver a coger una rama que le había tirado Guillermo, se la devolvió jadeante y encantado, pensando que se volvería a repetir ese juego tan divertido.



«Jumble» era travieso, cariñoso, humorístico y completamente irresistible. Sólo le hizo falta pasar una mañana con Guillermo para que adoptase a éste sin reservas.

Desde entonces, Guillermo y «Jumble» no se van a separar. Para un chico normal, de once años, tener un perro es una felicidad casi increíble. Guillermo tiene este perro y con él va a correr sus aventuras: será piel roja, pirata, bandido, rey del mundo..., pero con «Jumble» a su lado. Si alguna vez «Jumble» pelea y vence, Guillermo se sentirá orgulloso; si «Jumble» huye —caso infrecuente—, Guillermo se sentirá tan humillado como si el vencido hubiera sido él mismo.

En definitiva: Guillermo y su perro forman una «pareja inseparable, entrañable, profundamente unida. Richmal Crompton tiene un respetto muy británico —muy inteligente— por la capacidad de afecto de los perros.

«LOS PROSCRITOS»

No es que los amigos de Guillermo sean «menos» que su perro. Sin embargo, Guillermo está más ligado, en cierto modo, al perro que a sus amigos. Al fin y al cabo, la convivencia con «Jumble» es continua; a sus amigos —como ha subrayado muy bien Fernando Savater— tiene que conquistarlos día a día, y su perro, desde el primer día, siente por Guillermo un cariño inmarcitable. Y, además, como bien podría decir el propio Guillermo: «Troncho, mi perro es mi perro.» Perogrullesco.

Pero «Los Proscritos» son, sin duda, sus mejores amigos. «Los Proscritos», banda a la que como jefe pertenece Guillermo, debe su nombre a los *Outlaws*, que figuraron especialmente en la época de Ricardo Corazón de León y de Robin Hood. Con «Los Proscritos», que estaban fuera de la ley, se formó un pueblo

de valientes arqueros, y sus hazañas se han glorificado a través de canciones populares y de una larga tradición literaria.

De aquí, sin más, y sin «falsas modestias» de ningún tipo, Guillermo y los suyos tomaron el nombre.

«Los Proscritos» están formados por Guillermo como jefe, claro está, y por «Pelirrojo», Enrique y Douglas.

«Pelirrojo» es la mano derecha de Guillermo. De todos «Los Proscritos», es el que más se le asemeja y con el que también ha de mantener feroces luchas —a puñetazos las más de las veces, cuando falla la «dialéctica»— por el liderazgo de «Los Proscritos». Pero es también el que, sin duda, más admira y más fe ciega tiene en Guillermo y en todos sus descabellados planes.

Enrique, el «erudito» de «Los Proscritos», es capaz, si viene a cuento el nombre de Carlos I, decir de él que fue «un rey inglés de la antigüedad», algo, que tanto para Guillermo, como para los demás «proscritos», entra en los límites de la cultura enciclopédica, tan admirada por inalcanzable, como despreciada por soporífera. Y no pueden evitar el preguntarle a Enrique cómo es que sabe él estas cosas.

Douglas es quizá el más gris y, sin duda, el más pecífico y sensato de «Los Proscritos». Y aunque no retrocede nunca si hay que llegar a las manos por cualquier motivo, prefiere no correr riesgos innecesarios. Así, si «Los Proscritos», algo no infrecuente, «raptan» a un niño, Douglas se sentirá enternecido si el niño al mirarle dice: «pa, pa, pa», y se preocupará de que nada le pase al niño en cuestión, consciente de que éste le ha adoptado como a su padre.

LA FAMILIA DE GUILLERMO

Guillermo quiere a sus padres y a sus hermanos, pero no siente por ellos el menor respeto. Sus padres representan lo convencional, las normas establecidas que tanto odia y a las que inevitablemente tiene que amoldarse, sin embargo, si quiere sobrevivir. Sus hermanos son dos representantes típicos de la adolescencia inestable, emotivamente inmadura, propensos al perpetuo «enamoramiento», y sin el suficiente equilibrio como para aceptar en sus vidas al lógico y frío razonador que es su hermano pequeño. Como dice Savater, «la familia entera, sin ella saberlo, está bajo la protección de Guillermo, lo que suele ser fuente de preocupaciones para ambas partes» (*La infancia recuperada*, pág. 70).

La madre de Guillermo, como todas las madres del mundo (británicas o no), está llena de optimismo respecto a las «buenas cualidades» de su hijo. Se resiste a ver en él todos esos defectos que sus vecinos le atribuyen fervientemente. Para ella, y a pesar de todo, Guillermo es bueno, limpio, educado, servicial y cariñoso. Y aunque la realidad, una y otra vez, le demuestre lo contrario, ella sigue fiel a sus creencias. Y así su corazón se siente conmovido cuando su hijo, guiado por algún oscuro propósito, le dice: «Mamá, te quiero y quiero que me hagas compañía.» Y piensa entonces, conmovida, que Guillermo ha mejorado notablemente, ya que cuando de chiquitín le preguntaban que a quién quería más, él, sin asomo de duda, repetía: «A Yelmo, a Yelmo y a Yelmo.»

La madre de Guillermo —que zurce calcetines y hace pasteles— es apacible, no muy inteligente y, por supuesto, no tiene ni idea de cómo es su hijo.

El padre de Guillermo, el señor Brown, es el prototipo del burgués medio, amante de la paz, de su pe-

riódico y de sus zapatillas. Para él, Guillermo (a quien vagamente, y sin atreverse a confesárselo, admira) queda fuera de toda lógica. Es un ser incomprensible, una especie rara de hijo, una desgracia que ha caído en su familia a quien no comprende en absoluto y que sólo le reporta graves problemas. No es extraño oírle decir al señor Brown, cuando alguna catástrofe ha ocurrido en el pueblo o en sus alrededores: «¡Quién va a ser sino Guillermo!»

Guillermo, mucho más flexible en sus juicios, piensa simplemente de su padre, como de todos o casi todos los adultos, que eso de «regañar», «castigar», quitarle su arco, etc., es algo tan normal en las personas mayores como leer el periódico, hablar de tonterías, cuidar el jardín, etc. Es decir, un componente más de ese extraño mundo de los «mayores».

El padre de Guillermo es la «norma» por excelencia, la temida «ley» a quien Guillermo debe —mal que le pese— respetar; pero a la que también debe, a toda costa, burlar siempre que las circunstancias lo permitan. Guillermo no tiene ningún tipo de complejos «freudianos» respecto a su padre: su relación con él es muy parecida a la que tiene con el policía del pueblo o con el temido granjero Jenks: la libertad frente a la norma, el mundo infantil frente al temido y aburrido mundo adulto, incapaz, por definición, de aceptar que una escalera, en un momento determinado, puede ser una montaña (sobre todo si se cubre de colchones) y una vaca un búfalo salvaje.

¿Y los hermanos de Guillermo? ¿Cómo son? Difusos. Son adolescentes. Y Guillermo, que procura ayudarles siempre que ellos le dejan, no siente por sus hermanos más que —aparte del «amor fraterno»— una conmiseración desdeñosa por su facilidad para enamorarse y desenamorarse y por el poco partido que sacan a sus chelines y a sus aburridas fiestas con tenis y «cricket» incluido, en las que nunca, según Guillermo, sucede nada verdaderamente emocionante. (Sólo cuando él —Guillermo— interviene para dar el «touch» definitivo a los entretenimientos de sus hermanos.)

Los hermanos son dos: Roberto y Ethel. A Roberto, engominado, estirado, arreglado, con calcetines de fantasía, obsesionado por conquistar a cualquier damisela que se parezca a la actriz de moda que desde la última película dejó hecho añicos su corazón, le pone tan nervioso Guillermo como a Guillermo desazona Roberto.

Roberto representa, en buena medida, ese mundo odiado por Guillermo: el de las reglas sociales que él, tan alegremente, se salta. Y a su vez Guillermo representa el desorden más absoluto, el «qué pensarán de mí teniendo un hermano como Guillermo», auténtica vergüenza familiar, cuya sola presencia —el traje Eton embarrado, la corbata debajo del cuello, el pelo revuelto, las uñas sucias, etc.—, constituye un baldón al que ningún ser humano medianamente sensible puede resistirse sin profundo rubor. Como es obvio la mutua comprensión es algo imposible.

Ethel: hay que empezar diciendo que lo que más fascina a Guillermo de su hermana Ethel es su ropero. El chal, que con tanto cuidado y esmero guarda ella para las grandes ocasiones, y que con tanta ilusión utiliza él como alfombra de su tienda india o como capa de capitán pirata, es, por decirlo de algún modo, un objeto que tienen en común, aunque con distintos objetivos.

Como es fácilmente comprensible, la sola presencia de Guillermo crispa los no muy bien templados nervios de la pelirroja Ethel —una de las bellezas locales—. Y sus amenazas, sus gritos, sus llantos, resba-

lan sobre la dura superficie del insensible Guillermo sin inmutarle. Piensa —cuando su hermana le arrebató de un modo furibundo alguna de sus prendas de vestir favoritas— que «le han pillado». Pero que tal vez, con un poco de suerte, podrá utilizar ese sombrero verde tan «ridículo» (cualquier excusa es buena) para, sirviéndose de él como «maceta», regalar a su madre por Navidad esa planta tan bonita que ha visto en el jardín de al lado y que al parecer está «abandonada». Las posibilidades que ofrece el ropero de Ethel son incalculables.

Sin embargo, Guillermo, como he apuntado, tiende a ayudar a sus «desvalidos» hermanos; y las «ayudas» —«yo sólo quería ayudar», dirá Guillermo después como excusa— consisten, casi siempre, en crear una situación litigiosa, de la que difícilmente saldrá él y de la que, desde luego, no saldrán nunca bien parados sus hermanos.

* * *

Este es, muy en síntesis, el fantástico mundo de Guillermo Brown, narrado por su autora con un extraor-

dinario sentido del humor, y que tiene sobre todo interés para que los adultos, de un modo especial los que nos dedicamos a la enseñanza, nos compenetro-mos con ese complejo mundo infantil cuya psicología conoce de modo tan admirable Rimal Crompton.

Es muy posible que sólo quien haya sabido entender a Guillermo, que sólo quien se haya compenetrado con su mentalidad «anarquista» y bondadosa a la vez, pueda entender a un niño. Porque Guillermo, como buen inglés, tiene un modo de pensar claro y positivo y sabe que, pase lo que pase «la sangre nunca llega al río». Algo que la grandilocuencia adulta debería tener en cuenta antes de tomar decisiones «trascendentales» y antes de irritarse por pequeñeces.

BIBLIOGRAFIA

- CROMPTON, R.:** *Aventuras de Guillermo*, Ed. Molino, Barcelona. (Hay diversas reimpresiones.)
SALVATER, F.: *La infancia recuperada*, Taurus, Madrid, 1979. (Tercera edición.)
-

INGLES

**textos
y material
audiovisual
para**

**E. G. B.
B. U. P.
C. O. U.**

**cursos
en
VIDEO**

**amplia
gama
en todos
los niveles**

solicite información:

EDITORIAL



alhambra

CLAUDIO COELLO, 76 - MADRID-1